

ENCU
RAFA
Sec. Hid
GUAD

843
9



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

D67725
C18
56

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL CAPITÁN PÁNFILO

CAPÍTULO PRIMERO

Introducción, con ayuda de la cual trabará el lector conocimiento con los principales personajes de esta historia y con el autor que la ha escrito.

En 1831, pasaba yo por delante de la puerta de Chevet, cuando vi en el interior de la tienda á un inglés que volvía y revolvía en todos sentidos una tortuga, que, al parecer, ajustaba con la evidente intención de hacer con ella una *turtle' soup* tan pronto como pasara á ser de su propiedad.

La actitud profundamente resignada con que el pobre animal se dejaba examinar, sin tratar siquiera de evitar, ocultándose en su concha, la mirada cruelmente gastronómica de su enemigo, me conmovió, y sentí de pronto un vivo deseo de librarla de la marmita en la que estaban ya sumergidas sus patas traseras. Entré, pues, en

el almacén, donde yo era muy conocido en aquella época, y, haciendo un guiño á la señora Beauvais, le pregunté si me guardaba la tortuga que yo había escogido la vispera al pasar por allí.

La señora Beauvais me comprendió al punto, gracias á esa rápida penetración que distingue á los mercaderes parisienses, y, tomando cortésmente el animalito de manos del comprador, lo puso en las mías, al mismo tiempo que, con acento inglés muy pronunciado, le decía al insular, que la miraba con la boca abierta:

—Dispense usted, milord, la tortuguita está vendida al señor desde esta mañana.

—¡Ah! señor, me dijo en muy buen francés el milord improvisado, ¿es usted el dueño de este encantador animalito?

—Yes, yes, milord, respondió la señora Beauvais.

—Pues bien, señor, continuó el inglés; tiene usted un animalito que hará una excelente sopa, y sólo siento que sea el único de su especie que posea en este momento la señora.

—Nosotros tener la esperanza de recibir otras mañana por la mañana, respondió la señora Beauvais.

—Mañana será demasiado tarde, replicó fríamente el inglés; he arreglado todos mis asuntos para levantarme la tapa de los sesos esta noche, y deseaba antes comer una sopa de tortuga.

Y, dichas estas palabras, me saludó y salió.

—¡Pardiez! me dije después de reflexionar un instante; es lo menos que un hombre tan galante puede desear como último capricho.

Y me lancé fuera del almacén, gritando como la señora Beauvais:

—¡Milord! ¡milord!

Pero no sabía hacia qué punto se había encaminado el milord, y me fué imposible dar con él.

Volvi á mi casa muy pensativo: mis sentimientos humanitarios hacia un animal habíanme hecho inhumano con un semejante. ¡Singular máquina la de este mundo, donde no se puede hacer el bien del uno sin causar el mal del otro!

Gané la calle de la Universidad, subí mis tres pisos, y deposité mi adquisición sobre la alfombra.

Era simplemente una tortuga de la especie más común: *testudo lutaria*, sive *aquarum dulcium*; lo que quiere decir, según Linneo entre los antiguos y según Ray entre los modernos, tortuga de pantano ó tortuga de agua dulce (1).

Ahora bien: la tortuga de pantano ó la de agua dulce tiene, en el orden social de los quelonios, la misma categoría que tienen entre nosotros, en el orden civil, los abaceros, y en el orden militar, la guardia nacional.

Era, por lo demás, el más singular cuerpo de tortuga que hubiese pasado jamás las cuatro patas, la cabeza y la cola por las aberturas de una concha. Apenas se sintió sobre el suelo, dióme una prueba de su originalidad marchando en lí-

(1) Sabido es que los reptiles están divididos en cuatro categorías: los quelonios ó tortugas, que ocupan la primera; los saurios ó lagartos, que ocupan la segunda; los ofidios ó serpientes, que ocupan la tercera; y, finalmente, los batracios ó ranas, que ocupan la cuarta.

nea recta hacia la chimenea con una rapidez que le valió al instante el nombre de *Gacela*, y haciendo grandes esfuerzos para pasar por entre las ramas del guarda-cenizas, á fin de llegar hasta el fuego, cuyo resplandor la atraía; en fin, viendo al cabo de un gran rato que lo que ella deseaba era imposible, tomó el partido de dormirse, después de haber pasado primeramente su cabeza y sus patas por una de las aberturas más próximas al hogar, escogiendo así, para su placer particular, una temperatura de cincuenta á cincuenta y cinco grados de calor, aproximadamente; lo cual me hizo creer que, ya por vocación, ó ya por fatalidad, estaba destinada á ser tostada un día ú otro, y que yo no había hecho más que cambiar la forma de su cocción al retirarla de la olla de mi inglés para transportarla á mi cuarto. El final de esta historia probará que no me había engañado.

Como me viera obligado á salir y temiera que le sucediese alguna desgracia á Gacela, llamé á mi criado.

—José, le dije cuando apareció, tenga usted cuidado de este bicho.

José se acercó con curiosidad y dijo:

—¡Toma! pues si es una tortuga... Resiste el peso de un carruaje.

—Sí, ya lo sé, pero que no se le ocurra á usted jamás el deseo de hacer la experiencia.

—¡Oh! eso no le causaría ningún mal, repuso José, que tenía á gala desplegar ante mí sus conocimientos de historia natural; la diligencia de Laón pasaría por encima de ella sin aplastarla.

José citaba la diligencia de Laón, porque era de Soissons.

—Sí, le dije, creo bien que la gran tortuga de mar, la tortuga libre, *testudo mydas*, podría soportar semejante peso; pero dudo que ésta, que es de la especie más pequeña...

—Eso no quiere decir nada, replicó José; todos estos bichos son fuertes como turcos, y esté usted seguro de que un carro pasaría...

—Está bien, está bien; pero, ante todo, cómprele usted ensalada y caracoles...

—¡Toma! ¿caracoles?... ¿Es que está acaso dañada del pecho? El amo á quien servía antes de entrar en casa del señor, tomaba caldos de caracol porque estaba *físico*; y, sin embargo, eso no impidió que...

Salí sin escuchar el resto de la historia, y á mitad de la escalera advertí que había olvidado el pañuelo de bolsillo, y volví á subir. Al penetrar en mi habitación encontré á José, que no me había oído entrar, haciendo el Apolo de Belvedere, con un pie puesto en el dorso de Gacela y el otro suspendido en el aire, á fin de que ni un gramo de las ciento treinta libras que pesaba el bellaco dejase de oprimir al pobre animal.

—¿Qué hace usted ahí, imbécil?

—Ya se lo decía yo, señor, respondió José muy ufano de haberme probado, en parte, lo que poco antes me dijera.

—Deme usted un pañuelo, y guárdese de tocar á la tortuga.

—Tome usted, señor, me dijo José presentándose el objeto pedido. No hay que temer nada por ella... le pasaría un vagón por encima sin...

Me fui sin escucharle; pero aun no había descendido veinte peldaños, cuando oí á José que cerraba la puerta mascullando un juramento:

—¡Pardiez! yo bien sé lo que digo... Y, además, bien se ve, por la conformación de esos animales, que un cañón cargado de metralla podría...

Felizmente, el ruido de la calle me impidió oír el final de la maldita frase.

Por la noche volví bastante tarde á mi casa, como acostumbro. Á los primeros pasos que di por mi cuarto, creí que algo crujía bajo mis botas y me apresuré á levantar el pie, cargando todo el peso de mi cuerpo sobre la otra pierna: el mismo crujido dejóse oír nuevamente; era que caminaba por un campo quebradizo de huevos, y bajando la bujía para ver lo que motivaba aquel crujido, vi que la alfombra estaba cubierta de caracoles.

José me había obedecido puntualmente: había comprado la ensalada y los caracoles y habíalo puesto todo en un cesto en medio de la habitación; diez minutos después, fuese que la temperatura del cuarto los hubiera avivado, ó ya que el miedo de ser aplastados se hubiese apoderado de ellos, es lo cierto que la caravana se había puesto en ruta y hecho ya bastante camino, lo cual era fácil de ver por las huellas plateadas que había dejado sobre la alfombra y muebles.

En cuanto á Gacela, permanecía quieta en el fondo del cesto, por cuyas paredes no pudo trepar. Pero algunas cáscaras vacías me probaron que la huida de los israelitas no había sido tan rápida que no la hubiese dado lugar para hincar

el diente á algunos antes de que hubieran tenido tiempo de atravesar el mar Rojo.

Al momento empecé á pasar una minuciosa revista al batallón que maniobraba en mi cuarto, y en lo cual creí pasarme toda la noche; pues, cogiendo delicadamente con la mano derecha á todos los paseantes, los hice entrar, uno después de otro, en su cuerpo de guardia, que tenía en la mano izquierda, y sobre el cual puse la tapadera. Al cabo de cinco minutos advertí que si dejaba á toda aquella tropa en mi habitación, corría el riesgo de no dormir en toda la noche: pues metían tanto ruido como si se hubiese encerrado una docena de ratones en un saco de nueces, y tuve que tomar el partido de transportarlo todo á la cocina.

Mientras llevaba á cabo el transporte, pensé que, al paso que iba Gacela, la encontraría al día siguiente muerta de una indigestión si la dejaba en tan abundante almacén de víveres; y al momento y como por inspiración, me acordé de cierta cubeta colocada en el patio y en la que el fondista del piso bajo metía el pescado limpio. Aquel sitio me pareció una posada tan magnífica para una *testudo aquarum dulcium*, que juzgué inútil romperme la cabeza buscándole otra, y, sacándola de su refectorio, la llevé inmediatamente al lugar de su destino.

En seguida me fui á mi cuarto y me acosté, muy persuadido de que era el hombre de Francia más ingenioso en recursos.

Al día siguiente, José me despertó muy de mañana.

—¡Oh! señor, es muy chusco lo que ha ocu-

rrido, me dijo riendo y plantándose ante mi cama.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo que la tortuga ha hecho.

—¿Cómo?

—¿Creerá usted que ha salido de la habitación, por cierto que yo no sé cómo..., que ha bajado los tres pisos, y que ha ido á tomar el fresco al vivero del fondista?

—¡Imbécil! ¿no has adivinado que he sido yo quien la ha llevado allí?

—¡Ah! bueno... Entonces, ¡buena la ha hecho usted!

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque se ha comido la tenca, una tenca soberbia que pesaba tres libras.

—Vaya usted á buscar á Gacela, y tráigame unas balanzas.

Mientras que José ejecutaba esta orden, fui á mi biblioteca y abrí un Buffón en el artículo de las tortugas, á fin de asegurarme de si los quelonios eran ictiófagos, y leí lo siguiente:

«Esta tortuga de agua dulce, *testudo aquarum dulcium* (no me había equivocado), ama sobre todo los pantanos y las aguas tranquilas; cuando está en un río ó en un estanque, ataca á todos los peces individualmente, hasta á los más grandes: los muerde en el vientre, los hiere con fuerza, y cuando están aniquilados por la pérdida de sangre, los devora con la mayor avidez y no deja más que las espinas, la cabeza y las vejigas natatorias, que salen algunas veces á la superficie del agua.»

—¡Diablo! ¡diablo! dije, el fondista tiene de

su parte al señor Buffón: lo que dice pudiera muy bien ser verdad.

Estaba con ganas de meditar sobre la probabilidad del accidente, cuando José entró llevando en una mano al acusado y la balanza en la otra.

—Sepa usted, me dijo José, que esta clase de animales comen mucho para mantener las fuerzas, sobre todo peces, porque son muy nutritivos. ¿Cree usted acaso que sin eso podrían llevar siempre encima la casa?... Repare usted, en los puertos de mar, cómo todos los marinos están robustos: es porque no comen más que pescado.

Interrumpí á José, diciéndole:

—¿Cuánto pesaba la tenca?

—Tres libras: son nueve francos lo que el fondista reclama.

—¿Y Gacela se la ha comido toda entera?

—¡Oh! no ha dejado más que la espina, la cabeza y la vejiga...

—Eso es, precisamente, pensé. El señor Buffón es un gran naturalista (1). Sin embargo, añadió á media voz, tres libras me parece mucho.

Puse á Gacela en la balanza, y vi que no pesaba más que dos libras y media con el caparazón.

Resultaba de esta experiencia, no precisamente que Gacela fuese inocente del hecho de que se la acusaba, sino que había cometido el crimen sobre un cetáceo de menor tamaño.

Parece que esta fué también la opinión del

(1) Como es preciso dar á cada uno lo que le corresponde, es al señor Dandín, continuador del señor Buffón, á quien hay que tributar este elogio.

fondista, pues quedó muy contento con la indemnización de cinco francos que le di.

La aventura de los caracoles y el accidente de la tenca disminuyeron mi entusiasmo por mi nueva adquisición, y como la casualidad hizo que encontrase aquel mismo día á uno de mis amigos, hombre original y pintor de genio, que hacía en aquella época una casa corral de su estudio, le previne que aumentaría al día siguiente su colección con un nuevo sujeto, perteneciente á la estimable categoría de los quelonios, lo cual parecióme que le alegró mucho.

Gacela durmió aquella noche en mi habitación, donde hubo tranquilidad completa á causa de la ausencia de caracoles.

A la mañana siguiente entró José en mi habitación, como de costumbre, arrolló la alfombra de los pies de mi cama, abrió la ventana y se puso á sacudirla; pero de repente dió un gran grito y sacó el cuerpo fuera de la ventana como si quisiera arrojarse á la calle.

—¿Qué te sucede, José? dije medio dormido aun.

—¡Ah! señor, sucede que su tortuga estaba acostada sobre la alfombra, y como no la he visto...

—¿Qué?

—Que la he tirado por la ventana sin querer.

—¡Imbécil!

—¡Toma! dijo José, cuyo rostro y voz tomaron una expresión de serenidad completamente tranquilizadora, ¡toma! ¡siestá comiendo una col!

En efecto, el animalito, que había metido por instinto todo el cuerpo dentro de su concha, ha-

bía caído por casualidad sobre un montón de conchas de ostras, cuya movilidad había amortiguado el golpe, y encontrando á su alcance una legumbre de su conveniencia, había sacado muy dulcemente la cabeza fuera de su caparazón y se ocupaba en almorzar tan tranquilamente como si no acabase de caer de un tercer piso.

—Ya se lo decía yo, señor, repetía José en medio de su alegría; bien le decía yo que á esos animales nada les hacía mella... Y mientras ella come, estoy seguro de que aunque le pasase un carruaje por encima...

—No importa, baje en seguida y tráigamela.

José obedeció. Entre tanto me vestí, ocupación que terminé antes que José reapareciera. Bajé á su encuentro, y le hallé perorando en medio de un círculo de curiosos, á los cuales explicaba el acontecimiento que acababa de ocurrir.

Le quité Gacela de las manos, salté al interior de un carruaje, que me llevó al barrio de San Dionisio, número 109, subí cinco pisos, y entré en el taller de mi amigo, que se disponía á pintar.

Á su alrededor tenía un oso echado sobre su dorso y jugando con un leño; un mono sentado sobre una silla y arrancando, uno tras otro, los pelos de un pincel; y, en un bocal, una rana acurrucada sobre el tercer travesaño de una escalerita, con ayuda de la cual podía subir hasta la superficie del agua.

Mi amigo se llamaba Decamps, el oso Tom, el mono Jacobo I (1) y la rana señorita Camargo.

(1) Así denominado para distinguirlo de Jacobo II, individuo de la misma especie perteneciente á Tony Johannot.

CAPÍTULO II

De cómo Jacobo I cobró un odio feroz á Tom con motivo de una zanahoria

Mi entrada produjo una revolución.

Decamps me miró por encima de su maravilloso cuadrito de *Los perros sabios*, que todos conocéis y que estaba terminado á la sazón.

Tom se dejó caer sobre la nariz el tronco con que jugaba, y huyó gruñendo á esconderse en su nido, instalado entre las dos ventanas.

Jacobo I arrojó vivamente su pincel detrás de él y arrancó de la silla una paja que llevó inocentemente á la boca con su mano derecha, mientras se rascaba las nalgas con la izquierda y levantaba beatíficamente los ojos al cielo.

En fin, la señorita Camargo subió lánguidamente un peldaño de su escalera, lo cual, en cualquiera otra circunstancia, hubiera podido ser considerado como señal de lluvia.

Y yo deposité á Gacela á la puerta de la habitación, en cuyo umbral me había detenido diciendo:

—Querido amigo, aquí tiene usted al animalito. Ya ve usted que soy hombre de palabra.

Gacela no había tenido un momento feliz: el movimiento del carruaje la había desorientado de tal modo que, para reconcentrar probablemente todas sus ideas y reflexionar acerca de su situación durante el viaje, había escondido toda su persona debajo su caparazón. De modo que lo que deposité en el suelo tenía toda la apariencia de una concha vacía.

Sin embargo, cuando Gacela advirtió, por la vuelta á su centro de gravedad, que estaba adherida á un terreno sólido, se atrevió á asomar la nariz por la abertura superior de su concha; y para mayor seguridad, esa parte de su persona estaba prudentemente acompañada por sus dos patas delanteras; al mismo tiempo, y como si todos sus miembros hubiesen obedecido únicamente á la elasticidad de un resorte interior, las dos patas traseras y la cola aparecieron en el extremo inferior de su caparazón. Cinco minutos después, Gacela había desplegado todas sus velas.

Quedó todavía un instante al paio, moviendo la cabeza á derecha é izquierda como para orientarse; de pronto sus ojos quedaron fijos, y avanzó rápidamente, cual si hubiese disputado el premio de la carrera á la liebre de La Fontaine, hacia una zanahoria que había á los pies de la silla que servía de pedestal á Jacobo I.

Éste miró primero con bastante indiferencia cómo avanzaba hacia él la recién llegada; pero, tan pronto como se apercibió de lo que ella parecía proponerse, comenzó á dar señales de una

inquieta real, que manifestó por un gruñido sordo, que degeneró, á medida que ella ganaba terreno, en gritos agudos interrumpidos por fuerte crujido de dientes. Por fin, cuando Gacela se encontraba á un pie de distancia de la preciosa legumbre, la agitación de Jacobo tomó el carácter de una verdadera desesperación; cogió con una mano el espaldar de su silla y con la otra el asiento recubierto de paja, y, con la esperanza sin duda de asustar al animal parásito que iba á roerle su comida, sacudió la silla con toda la fuerza de sus puños, echando sus dos pies hacia atrás como un caballo que cocea, y acompañando estas evoluciones con todos los gestos y todas las muecas que creyó capaces de desconcertar la impasibilidad automática de su enemigo.

Mas todo fué inútil: Gacela no se detuvo en su carrera, y Jacobo I no sabía ya á qué santo encomendarse.

Felizmente para el desesperado Jacobo, llególe en aquel momento un socorro inesperado. Tom, que se había retirado á su alojamiento á mi llegada, acabó por familiarizarse con mi presencia, y prestaba, como todos nosotros, cierta atención á la escena que se desarrollaba; atónito, de pronto, al ver que se movía aquel animal desconocido, que pasó á ser, gracias á mí, comensal suyo, le había seguido, en su carrera hacia la zanahoria, con creciente curiosidad. Pero, como Tom no despreciaba tampoco las zanahorias, cuando vió á Gacela próxima á alcanzar la preciosa legumbre, dió tres saltos, y levantando su enorme pata, la puso pesadamente sobre el dorso

del pobre animalito, el cual, al ver que tocaba el suelo con la parte inferior de su concha, metióse *incontinenti* en su caparazón y quedó inmóvil á dos pulgadas de distancia del comestible que pasaba á ser objeto, en aquel momento, de una triple ambición. Tom pareció muy asombrado de ver desaparecer, como por encanto, cabeza, patas y cola. Aproximó su nariz al caparazón, sopló ruidosamente en las aberturas, y como para darse mejor cuenta de la singular organización del objeto que tenía ante sus ojos, lo cogió, volviéndolo y revolviéndolo entre sus dos patas; después, como convencido de que se había engañado al concebir la absurda idea de que una semejante cosa estuviese dotada de la vida y pudiese caminar, la dejó caer con negligencia, cogió la zanahoria entre sus dientes y se dispuso á volver de nuevo á su nido.

Pero no era eso lo que esperaba Jacobo, quien no había contado con que el servicio que le prestaba su amigo Tom fuera inspirado por el egoísmo; y como su camarada no le inspirase el mismo respeto que la extranjera, saltó vivamente de la silla donde había permanecido prudentemente durante la escena que acabamos de describir, y agarrando con una mano, por su verde cabellera, la zanahoria que Tom tenía por la raíz, tiró de ella con toda su fuerza, haciendo visajes, chillando y rechinando los dientes, mientras que, con la mano que le quedaba libre, largaba una lluvia de bofetadas sobre la nariz de su pacífico antagonista, que, sin responder, pero también sin abandonar el objeto en litigio, se contentaba con agachar la cabeza y con cerrar sus pequeños

ojos negros cada vez que la mano ágil de Jacobo se ponía en contacto con su gruesa cara; en fin, la victoria quedó, como sucede ordinariamente, no por el más fuerte, sino por el más desvergonzado. Tom aflojó los dientes, y Jacobo, posesor de la dichosa zanahoria, lanzóse sobre una escalera llevando el premio del combate, que fué á ocultar detrás de un yeso de Malagutti, sobre un anaquel fijado á seis pies del suelo: concluída esta operación, descendió muy tranquilamente, seguro de que no habría oso ni tortuga capaces de ir á sacarla de aquel nicho.

Al llegar al último escalón, y cuando se disponía á echar pie á tierra, se detuvo prudentemente, y fijando sus ojos en Gacela, á la que había olvidado en el calor de su disputa con Tom, advirtió que aquélla se encontraba en una posición menos ofensiva.

En efecto, Tom, en lugar de volverla á colocar con cuidado en la situación en que la había cogido, habíala dejado caer, como hemos dicho, con negligencia y al azar, de suerte que al recobrar sus sentidos el desgraciado animal, en lugar de encontrarse en su posición normal, es decir, sobre el vientre, habíase encontrado sobre el dorso; posición, como todo el mundo sabe, antipática en grado supremo á todo individuo que forma parte de la raza de los quelonios.

Fácil fué de ver, por la expresión de confianza con que Jacobo se acercó á Gacela, que aquél estaba convencido de que su accidente la había imposibilitado de defenderse. Sin embargo, al llegar á medio pie del *monstrum horrendum*, se detuvo un instante, miró por la abertura de la

concha vuelta de su lado, y con aire de aparente negligencia se puso á darla vueltas con precaución, examinándola poco más ó menos como un general hace con una ciudad que quiere sitiarse.

Así que hubo terminado el reconocimiento, alargó la mano dulcemente, tocó con la punta de un dedo la extremidad de la concha, y de pronto, echándose con presteza hacia atrás, se puso, sin perder de vista el objeto que le preocupaba, á danzar alegremente sobre sus pies y sus manos, acompañando este movimiento con una especie de canto de victoria que le era habitual cada vez que, por una dificultad vencida ó un peligro afrontado, creía tener que felicitarse por su habilidad ó por su valor.

Sin embargo, esta danza y este canto se interrumpieron de pronto: una nueva idea cruzó por el cerebro de Jacobo y pareció absorber todas sus facultades pensadoras. Miró atentamente á la tortuga, á la que su mano, al tocarla, había impreso un movimiento de oscilación que hacía más prolongada la forma esférica de su concha, se aproximó á ella, caminando de lado como un cangrejo; después, al hallarse junto á ella, se levantó sobre sus patas traseras, la montó como hace un caballero con su caballo, la miró un instante moverse entre sus dos piernas, y por fin, completamente tranquilo, al parecer, por el examen profundo que acababa de hacer de ella, se sentó sobre su silla movable, é imprimiéndola, sin que sus pies abandonaran la tierra, un movimiento rápido de oscilación, se balanceó alegremente, rascándose el costado y guiñando los

ojos, gestos que, para los que le conocían, eran la expresión de una alegría indefinible.

De improviso Jacobo dió un grito agudo, penetrante, pegó un brinco perpendicular de tres pies, cayó sobre los riñones, y, lanzándose sobre su escalera, fué á refugiarse detrás de la cabeza de Malagutti. Esta revolución había sido armada por Gacela, la cual, fatigada de un juego que no tenía nada de grato para ella, había dado al fin señal de vida arañando con sus patas frías y agudas los muslos pelados de Jacobo I, á quien trastornó tanto más esta agresión, cuanto que no soñaba siquiera con recibir un ataque de aquel lado.

En aquel momento entró un comprador, y Decamps me hizo seña de que deseaba quedar solo. Cogí mi sombrero y mi bastón, y me alejé.

Estaba ya en el descansillo de la escalera, cuando Decamps me llamó.

—Á propósito, me dijo; venga usted mañana á pasar la noche con nosotros.

—Pues ¿qué hacen ustedes mañana? le pregunté.

—Tenemos cena y lectura.

—¡Bah!

—Sí; la señorita Camargo tiene que comerse un ciento de moscas, y Jadín va á leer un manuscrito.

CAPÍTULO III

De cómo la señorita Camargo cayó en poder del señor Decamps

Á pesar de la invitación verbal que Decamps me había hecho, recibí al día siguiente una carta impresa. Este doble aviso tenía por objeto enterarme del traje de rigor que tenía que vestir, pues los invitados no serían admitidos sino en bata y en zapatillas. Fui puntual y fiel al uniforme.

Es, en verdad, cosa curiosa ver el estudio de un pintor cuando tiene coquetonamente colgadas en las paredes, para honrar á sus invitados, sus joyas de los grandes días, adquiridas en las cuatro partes del mundo. Creéis entrar en la morada de un artista, y os encontráis en medio de un museo que honraría á más de una ciudad prefectoral de Francia. Aquellas armaduras que representan á la Europa de la Edad media, proceden de diversos reinos y acusan por su forma la época de su fabricación. Esta, bruñida por los dos lados del pecho, con su arista aguda y

brillante y su crucifijo grabado, á los pies del cual hay una Virgen en oración con esta inscripción: *Mater Dei, ora pro nobis*, ha sido forjada en Francia y fué ofrecida al rey Luis XI, que la hizo colgar en los muros de su viejo castillo de Plessis-les-Tours. Aquella otra, cuyo pecho combado tiene todavía la señal de los golpes de maza de que ha librado á su dueño, ha sido abollada en los torneos del emperador Maximiliano, y provenía de Alemania. Esta otra, que representa en relieve los robustos trabajos de Hércules, tal vez ha sido llevada por el rey Francisco I y salió seguramente de los talleres florentinos de Benvenuto Cellini. Ese *tomahaw* canadiense y este cuchillo de desollar, proceden de América: el uno ha destrozado cabezas francesas, y el otro ha levantado cabelleras perfumadas. Esas flechas y este *krid* son indios: el hierro de las unas y la hoja del otro son mortales, pues han sido envenenados con el zumo de las hierbas de Java. Este sable encorvado ha sido templado en Damasco. Ese yatagán, que lleva sobre su hoja tantas muescas como cabezas ha cortado, ha sido arrancado de las manos moribundas de un beduino. Finalmente, ese largo fusil con la culata y la capuchina de plata, ha sido traído quizá de la Casaubah por Isabey, que lo habrá cambiado con Yusuf por un croquis de la rada de Argel ó un dibujo del fuerte «Emperador».

Ahora que ya hemos examinado, uno tras otro, esos trofeos que representan cada uno un mundo, echad una ojeada sobre esas mesas y muebles, donde están esparcidos, en mescolanza, mil objetos diferentes, asombrados de verse allí

reunidos. Allí tenéis porcelanas del Japón, figuritas egipcias, cuchillos españoles, puñales turcos, estiletos italianos, babuchas de Argel, casquetes de Circasia, ídolos del Ganges y cristales de los Alpes. Mirad: hay para todo un día.

Á vuestros pies están las pieles de tigre, de león, de leopardo, traídas de Asia y de África; sobre vuestras cabezas, con las alas extendidas y como dotada de vida, veréis la gaviota, que, en el momento en que la ola se encorva para caer, pasa bajo su bóveda como bajo un arco; el *margat*, que, cuando ve aparecer un pez sobre la superficie del agua, cierra sus alas y se deja caer sobre él como una piedra; la uria, que, en el momento en que el fusil del cazador se dirige contra ella, se zambulle, para no reaparecer sino á una distancia que le pone fuera de tiro; en fin, el martín-pescador, el alción de los antiguos, en cuyo plumaje brillan los colores más vivos del verde mar y del lapislázuli.

Pero lo que más llama la atención de un aficionado una noche de recepción en casa de un pintor, es la heterogénea colección de pipas, todas cargadas, que esperan, como el hombre de Prometeo, que se oculte para ellas el fuego del cielo. Porque, para que lo sepáis, nada hay más antojadizo ni más caprichoso que el espíritu de los fumadores. El uno prefiere la simple pipa de barro, á la cual nuestros viejos veteranos han dado el expresivo nombre de *quema-gaznates*, y que se carga simplemente con tabaco de la administración, llamado tabaco de caporal. El otro no puede aproximar á sus labios delicados más que el cabo ambarino de la pipa árabe, la cual

se carga con tabaco negro de Argel ó tabaco verde de Túnez. Éste, grave como un jefe de Cooper, arroja metódicamente, de su pipa larga y pacífica de salvaje, bocanadas de *maryland*: aquél, más sensual que un nabab, enrosca como una serpiente, alrededor de su brazo, el cañón flexible de su *hucca* indiana, que no deja llegar á su boca el vapor del *latakieh* que refresca, perfumado con rosa y benjuí. Los hay también que, en sus costumbres, prefieren la pipa de espuma del estudiante alemán y el vigoroso cigarro belga picado, al *narghilé* turco cantado por Lamartine y al tabaco del Sinai, cuya reputación sube y baja según que haya sido recolectado en la montaña ó en la llanura. No falta, en fin, quien por originalidad ó por capricho se disloca el cuello para mantener en una posición perpendicular el *gourgouri* de los negros, mientras que un amigo complaciente, subido sobre una silla, ensaya con gran refuerzo de brasas y de soplos pulmonares, de secar primero y encender después la hierba arcillosa de Madagascar.

Cuando entré en casa del anfitrión, todo estaba preparado y todos los sitios tomados; pero, al verme, todo el mundo procuró hacerme sitio; y con un movimiento que habría hecho honor, por su precisión, á una compañía de la Guardia nacional, todos los tubos, ya fuesen de madera ó de barro, de cuerno ó de marfil, de jazmín ó de ámbar, se desprendieron de los labios amorosos que los apretaban y se alargaron hacia mí. Hice con la mano un signo de agradecimiento, saqué de mi bolsillo una hoja de papel de fumar de regaliz y me puse á liar un cigarrito estilo andaluz

con toda la paciencia y habilidad de un viejo español.

Cinco minutos después nadábamos en una atmósfera capaz de hacer marchar un buque de vapor con fuerza de ciento veinte caballos.

En medio de aquella humareda, además de los invitados, veíase allí á los comensales ordinarios de la casa con los cuales ha trabado ya el lector conocimiento. Allí estaba Gacela que, á partir de aquella tarde, había sido presa de una preocupación singular: era esta la de subir á lo largo de la chimenea de mármol, á fin de ir á calentarse á la lámpara, y que se entregaba con encarnizamiento á este increíble ejercicio. Allí estaba Tom, en el que Alejandro Decamps se había apoyado como si fuese el cojín de un diván, y que, de cuando en cuando, enderezaba tristemente la cabeza por debajo del brazo de su amo, soplabá con estrépito para rechazar el humo que le penetraba en las narices y se volvía á acostar dando un gran suspiro. Allí estaba Jacobo I sentado en un taburete al lado de su viejo amigo Fau, quien, á fuerza de latigazos, había logrado educarle, y por el cual sentía el mayor reconocimiento, y sobre todo rendíale la obediencia más pasiva. Allí estaba, en fin, en medio del círculo y en su bocal, la señorita Camargo, cuyos ejercicios gimnásticos y gastronómicos debían hacer particularmente las delicias de la velada.

Es muy importante, una vez llegado al punto en que nos encontramos, echar una ojeada hacia atrás, y explicar á nuestros lectores por qué concurso inaudito de circunstancias la señorita Camargo, que había nacido en la esplanada de

San Dionisio, se encontraba reunida con Tom, que era originario del Canadá, con Jacobo, que había visto la luz sobre las costas de Angola, y con Gacela, que había sido pescada en los pantanos de Holanda.

Conocida es la agitación que se produce en París, en los barrios de San Martín y San Dionisio, cuando en el mes de septiembre vuelve la época de la caza: no se encuentran entonces más que burgueses que vuelven del canal, adonde han ido á adiestrarse tirando á las golondrinas, arrastrando perros en trailla, llevando la escopeta al hombro, prometiéndose ser este año menos *chambones* que el anterior, y deteniendo á todos sus conocidos para decirles: «¿Le gustan á usted las codornices y las perdices?—Sí.—Bueno: el 3 ó el 4 del próximo mes le enviaré á usted.—Gracias.—Á propósito, he matado cinco golondrinas de ocho tiros.—Muy bien.—No es tirar mal, ¿no es cierto?—Perfectamente.—Adiós.—Buenas tardes.»

Á fines del mes de agosto de 1829, uno de esos cazadores entró en el portal de la casa número 109 del barrio de San Dionisio, preguntó al portero si Decamps estaba en casa, y habiendo obtenido una respuesta afirmativa, subió, tirando de su perro, escalón por escalón, y chocando con el cañón de su escopeta en todos los ángulos de la pared, los cinco pisos que conducen al taller de nuestro célebre pintor.

Pero sólo encontró allí á su hermano Alejandro.

Alejandro Decamps es uno de esos hombres ocurrentes y originales á quienes se les reconoce

por artistas sólo al verles pasar; que serian útiles para todo si no fueran sumamente perezosos para ocuparse jamás seriamente en algo; que tienen para todo el instinto de lo bello y de lo verdadero, reconociéndolo por todas partes donde lo encuentran, sin preocuparse de si la obra que causa su entusiasmo está aprobada por un jurado ó firmada por alguien. Por lo demás, buen muchacho en toda la acepción de la palabra, siempre pronto á vaciar sus bolsillos para sus amigos, y, como todas las gentes preocupadas por una idea que vale la pena, fácil de convencer, no por debilidad de carácter, sino por horror á la discusión y por temor á la fatiga.

Con tal disposición de ánimo, Alejandro se dejó persuadir fácilmente por el recién llegado de que tendría gran placer en abrir la caza con él en la llanura de San Dionisio donde había, según se decía, aquel año, codornices y perdices á bandadas, y liebres á rebaños.

Á causa de esta conversacion, Alejandro encargó un traje de caza á Chevreuil, una escopeta á Lepage y unas polainas á Boivin: todo ello le importó seiscientos sesenta francos, sin contar la licencia para uso de armas, que se hizo expedir por la prefectura de policía, previa presentacion del certificado de buena conducta, que le otorgó sin reparo el comisario de su distrito.

El 31 de agosto, Alejandro advirtió que aun le faltaba algo para ser cazador acabado: un perro. Corrió en seguida á casa del hombre que había servido de modelo con su jauría á su hermano para el cuadro de *Los perros sabios*, y le preguntó si tendría lo que le hacia falta.

El hombre le contestó que tenía para el caso animales de un instinto maravilloso, y pasando de su habitación á la perrera, que estaba en el mismo piso, quitó en un santiamén el sombrero de tres picos y el vestido que adornaban á un perro cruzado negro y blanco, volvió, inmediatamente con él, y se lo presentó á Alejandro como un perro de pura raza. Éste le advirtió que los perros de raza tenían las orejas derechas y puntiagudas, y que aquél no reunía estas circunstancias; pero á esto contestóle el hombre que Love era inglés, y que era de gran tono en los perros ingleses llevar las orejas así. Como, después de todo, la cosa podía ser verdad, Alejandro se contentó con la explicación y llevóse á Love á su casa.

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, nuestro cazador fué á despertar á Alejandro, que dormía como un bienaventurado, le reprendió violentamente por su pereza y le reprochó su retraso, á causa del que encontrarían, al llegar, toda la llanura devastada.

En efecto: á medida que se acercaban á la barrera, las detonaciones se hacían más vivas y más ruidosas. Nuestros cazadores doblaron el paso, atravesaron la aduana, tomaron la primera calle que conducía á la llanura, penetraron en un campo de coles, y cayeron en medio de un verdadero campamento de vanguardia.

Es preciso haber visto la esplanada de San Dionisio en día de apertura de caza, para formarse idea del espectáculo inusitado que presenta. No cruza el espacio una alondra, un gorrión, que no sea saludado con un millar de disparos. Si

cae, treinta morrales se abren, treinta cazadores se la disputan, treinta perros la muerden; si continúa su camino, todas las miradas están fijas sobre ella; si se posa, todo el mundo corre, y si se levanta otra vez, todo el mundo dispara. No faltan perdigones desparramados que hieran á las gentes en lugar de herir á los pájaros: no se repara en tan poca cosa; pues no hay que olvidar que existe un proverbio entre los cazadores parisienses que dice que el plomo es el amigo del hombre. En este concepto, yo tengo ya tres amigos que me fueron alojados en el muslo por un cuarto.

El olor de la pólvora y el ruido de los disparos produjeron su efecto acostumbrado. Apenas nuestro cazador hubo oído aquélla y oído los otros, cuando se precipitó en la brega y empezó inmediatamente á tomar parte en la infernal algazara que acababa de envolverle en su círculo de atracción.

Alejandro, menos impresionable que él, avanzó con paso más moderado, seguido religiosamente por Love, cuya nariz no se apartaba de los talones de su dueño. Pero todo el mundo sabe que el oficio de un perro de caza es batir el llano y no mirar si faltan clavos á nuestras botas: esta fué la reflexión que se hizo Alejandro al cabo de media hora. En su consecuencia, hizo un signo con la mano á Love, diciendo:

—¡Busca!

Love se levantó en seguida sobre sus patas traseras y se puso á bailar.

—¡Toma! dijo Alejandro descansando la culata de su escopeta en el suelo y mirando á su

perro; parece que Love, además de su educación universitaria, posee también talentos especiales de recreo. Creo que he hecho con él una buena adquisición.

Sin embargo, como quiera que Alejandro había comprado á Love para cazar y no para bailar, aprovechó el momento en que éste acababa de caer sobre sus cuatro patas para hacerle un segundo signo más expresivo, y decirle con voz más fuerte é imperiosa:

—¡Busca!

Love se echó al suelo tan largo como era, cerró los ojos é hizose el muerto.

Alejandro tomó su monóculo y miró atentamente á Love. El inteligente animal estaba en la más absoluta inmovilidad; ni un pelo de su cuerpo se movía; se le hubiera creído muerto desde hacía veinticuatro horas.

—Esto es muy bonito, repuso Alejandro; pero, mi querido amigo, no es este el momento oportuno para entregarnos á esta clase de chanzas; hemos venido aquí para cazar, pues cacemos. ¡Vaya, Love, vamos!

Love no se movió.

—¡Espera, espera! dijo Alejandro recogiendo del suelo un rodrigón que había servido para sostener una planta de habichuelas, y avanzando hacia Love con intención de acariciarle las espaldas; ¡espera!

Apenas Love hubo visto el palo en las manos de su amo, se irguió sobre sus patas y siguió todos sus movimientos con una expresión de notable inteligencia. Alejandro, que se percató de ello, difirió la corrección, y pensando que esta

vez iba, por fin, á obedecerle, extendió la estaca delante de Love, y dijo por tercera vez:

—¡Busca!

Love tomó carrera y saltó por encima del rodrigón.

Love sabía admirablemente tres cosas: bailar sobre sus patas traseras, hacer el muerto y saltar por el aro.

Alejandro, que por el momento no apreciaba más esta última habilidad que las otras, golpeó con el rodrigón los lomos de Love, que se escapó aullando del lado de nuestro cazador.

Pero, cuando Love llegaba, nuestro cazador disparaba, y, por una gran casualidad, una alondra, que al cruzar se había encontrado con el tiro, cayó en la boca de Love: éste dió gracias á la Providencia que le enviaba semejante bendición; y, sin inquietarse por si estaba asada ó no, no hizo más que engullirla.

Nuestro cazador se precipitó sobre el desventurado perro, lanzando las imprecaciones más terribles; asíóle por la garganta y se la apretó con tanta fuerza, que le obligó á abrir la boca, casi seguro de recuperar la pieza. El cazador metió frenéticamente la mano hasta el gáznate del perro, y tiró de tres plumas de la cola de la alondra. Respecto al cuerpo, no había ya que pensar en él.

El propietario de la alondra buscó en su bolsillo un cuchillo para despanzurrar á Love y entrar por este medio en posesión de su pieza; pero, desgraciadamente para él y felizmente para Love, habíalo prestado la noche anterior á su mujer para cortar con tiempo las agujas de

lardear que debían enfilar sus perdices, y su mujer había olvidado devolvérselo. Forzado, en su consecuencia, á recurrir á otros medios de castigo menos violento, dió á Love un puntapié capaz de echar abajo una puerta cochera, metió cuidadosamente en su morral las tres plumas que había salvado, y llamó con toda la fuerza de sus pulmones á Alejandro:

—No tenga usted cuidado, mi querido amigo: jamás volveré á cazar con usted. Su miserable Love acaba de devorarme una codorniz soberbia... ¡Ah! ¡ven aquí, ladrón!...

Love guardóse bien de obedecer, y, por lo tanto, de acercarse. Huyó, por el contrario, con tantas piernas como tenía, á refugiarse detrás de su amo; lo que probaba de modo evidente que prefería los golpes de rodrigón á los puntapiés.

Á pesar de ello, la alondra había despertado el apetito de Love, y como éste viera de cuando en cuando que se levantaban ante él individuos que parecían pertenecer á la misma especie, se puso á correr en todos sentidos, con la esperanza, sin duda, de que acabaría por encontrar una segunda ganga como la primera.

Alejandro le seguía con gran trabajo y á riesgo de reventar, pues Love rastrea de una manera completamente distinta á la adoptada por los otros perros, es decir, con la cabeza levantada y la cola entre piernas. Esto denotaba que tenía la vista mejor que el olfato; pero este cambio de facultades físicas era intolerable para su dueño, á cien pasos del cual corría siempre, haciendo levantar la caza á dos tiros de fusil y persiguiéndola, á veces, hasta el sotillo ó matorral.

Esta faena duró todo el día.

Á las cinco de la tarde, Alejandro había andado cerca quince leguas de camino y Love más de cincuenta: el uno estaba extenuado de gritar y el otro de ladrar: en cuanto al cazador, había cumplido su misión y se había separado de los dos para ir á tirar á las gallinetas en el pantano de Pantín.

De pronto Love hizo una parada.

Pero una parada tan firme, tan dura, que hubiérase dicho que, como el perro de Céfalo, se había transformado en piedra.

Á la vista de un suceso tan nuevo para él, Alejandro olvidó su fatiga, corrió como un Bargose, temblando siempre porque Love no abandonase su parada antes que él llegara á ponerse á tiro. Pero no había peligro alguno: Love tenía las cuatro patas clavadas en tierra.

Alejandro le alcanzó, examinó la dirección de sus ojos, vió que estaban fijos en una espesura de hierbas, y bajo éstas percibió un objeto pardusco. Creyó que era un perdigacho separado de la banda; y, fiándose más de su gorra que de su escopeta, aproximándose á paso de lobo como un niño que quiere atrapar una mariposa, arrojó la gorra sobre el objeto desconocido, puso vivamente la mano encima, y retiró... una rana.

Otro hubiera arrojado la rana á treinta pasos: Alejandro, por el contrario, pensó que puesto que la Providencia la enviaba aquel animal de una manera tan milagrosa, era porque tendría sobre ella miras ocultas, y que, sin duda, la reservaba para grandes cosas.

En su consecuencia, la puso cuidadosamente

en su morral, la llevó religiosamente á su casa, la trasladó, á su llegada, á un bocal donde nosotros habíamos comido la vispera las últimas guindas, y le echó encima toda el agua que quedaba en la garrafa.

Estos cuidados por una rana hubieran podido parecer extraordinarios en un hombre que la hubiese adquirido de una manera menos complicada que Alejandro; pero éste sabía lo que aquella rana le costaba, y la trataba en consideración á su coste, que ascendía á seiscientos sesenta francos, sin contar la licencia de armas.

CAPÍTULO IV

De cómo el capitán Pánfilo, comandante del bergantín mercante *La Rochelana*, hizo á orillas del río Bango mejor caza que la que había hecho Alejandro Decamps en el llano de San Dionisio.

—¡Ah! ¡oh! exclamó el doctor Thierry al entrar al día siguiente en el taller de Decamps; tiene usted un nuevo huésped.

Y, sin hacer caso del gruñido amistoso de Tom, ni de las muecas de prevención de Jacobo, avanzó hacia el bocal que alojaba á la señorita Camargo y metió en él la mano.

La señorita Camargo, que no sabía que Thierry era un médico muy sabio y un hombre muy ocurrente, se puso á nadar circularmente lo más deprisa que pudo, lo cual no le evitó ser cogida, al cabo de un instante, por la extremidad de la pata izquierda, y salir de su domicilio con la cabeza baja.

—¡Toma! dijo Thierry haciéndola dar vueltas poco más ó menos como hace una pastora voltear un huso; es la *rana temporaria*, mire usted, llamada así á causa de estas dos manchas